LUGAR DE REFUGIO

En este paraje del mundo me libro.
Insensiblemente me guia mi paso
y aquí me recuesto, solo con un libro:
San Juan de la Cruz, Chenier, Garcilaso.

Libro evocador, que acaso no leo
y acaso devoro; lectura que alterna
con esta hermosura de mundo que veo,
con esta soñada floración interna.

Hojas, las de arriba por el sol quemadas,
verdes las de abajo, verde masa oscura,
tal vez por un soplo de viento agitadas
con un susurrar lleno de dulzura;

hormigas menudas, constantes obreras,
soldaditos negros, rápidos é inermes
que vais y venis en largas hileras;
lagarto que al sol, verde y fino duermes;

pájaro que llegas volando y te paras
en un alto brote, sobre mí, sin miedo,
y á piar empiezas cual si preludiaras
la canción aquella que te oyó Sigfredo;

palabras humanas, lejanas, perdidas;
cambios pasajeros de luz, cuando sube
por el cielo el sol, cuando extremecidas
se mueven las hojas, cuando hay una nube;

y este imaginar que una fabulosa
legion invisible me ve con asombro;
que alguna cabeza barbuda y curiosa
mira lo que leo por cima del hombro;

que emboscado en este tupido ramaje,
trata de otear la cercana fuente
en un pacienzudo, terco espionaje
un obsceno sátiro de cornuda frente,

para cuando llegue la ninfa más bella
y el agua su claro palacio le abra
lanzarse de un brinco y escapar con ella
al raudo galope de sus pies de cabra...

Y este sueño blando lleno de quietud,
y esta soledad cargada de olvido,
y este olor de santas yerbas de virtud
que de paz y aroma me llena el sentido!...

Un campestre dios este sitio guarde:
sitio de soñar, de amar, de olvidar;
saudoso como el astro de la tarde
misterioso como gruta junto al mar.

Enrique DIEZ-CANEDO

PREFACIO [1]

Para Don Julián Morales Ruiz.

Me pide V., mi querido amigo, unas cuantas líneas que sirvan de prefacio á su nueva obra literaria y me apresuro á complacerle porque las demandas de los jóvenes deben atenderlas con amorosa solicitnd los que ya no lo son, á fin de conservar en lo posible, por su parte las buenas relaciones de armonía y solidaridad entre todos.

No quiere esto decir que me considere viejo. Me siento tan joven como cuando, en lejanos tiempos, hace más de veinte años, batallaba con el mismo ardor, pero con más asiduidad que hoy en el campo de las letras, pero me inclinan del lado de la vejez no solo exigencias del tiempo, sino irresistibles impulsos de mi temperamento romántico que me lleva como á Don Quijote, á ponerme siempre de parte de los menesterosos de amparo y defensa. Crea V. que una juventud sin amor y sin generosidad de espíritu, es una primavera sin luz y sin flores y acaso el mayor de los peligros para el porvenir de la humanidad. La actitud, no ya de respetuoso apartamiento, sino hostil y agresiva, de algunos,—por fortuna muy pocos—de sus coetános de V. respecto á la vejez, bien puede considerarse

[1] Este *Prefacio*, fué escrito el año 1906, para un libro de Julian Morales Ruiz que no llegó á publicarse.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Mefistófeles. #5, 20/12/1907.